

Presunciones acerca de una ciudadanía “indisciplinada”: asambleas barriales en Argentina

Cristina Bloj*

No siempre es más de lo mismo

[...] Si el mundo social, sin embargo, no está enteramente definido en términos de prácticas repetitivas y sedimentadas es porque lo social siempre sobrepasa los marcos institucionalizados de la sociedad y porque los antagonismos sociales muestran la contingencia inherente a esos marcos. En consecuencia, una dimensión de construcción y creación es inherente a toda práctica social. Esto último no sólo involucra repetición sino, también, reconstrucción (Laclau, 1994: 3) [traducción propia, C.B.].

La movilización social en Argentina ha venido creciendo exponencialmente a consecuencia del progresivo deterioro de las condiciones de ciudadanía social — cambio de orientación de las políticas públicas, recesión económica, altas tasas de desempleo, incremento de los niveles de pobreza. La caída de la “fe” en el bienestar y el descrédito que sufre el sistema político son efectos tangibles del “ciclo largo de vigencia neoliberal” (Lozano, 2001: 5-6).

Me detendré en estas páginas en algunas de las respuestas en las que desembocan estas encrucijadas — procesos que denotan reconstrucción y también repetición; en los estilos de participación colectiva en asuntos públicos que se inauguran; en los antagonismos que genera la construcción de nuevos espacios de identificación; y en acciones que apuntan a interpelar el “contrato” de los ciudadanos con el campo político.¹

Lo acontecido el 19 y 20 de diciembre del año 2001 es un hito en el trayecto e involucra al fenómeno de las asambleas barriales y/o populares que nacen en esos días,² en la medida que la emergencia de las mismas se inscribe, al momento, en las representaciones colectivas como un punto de inflexión en la dinámica social;³ una modalidad de ejercicio ciudadano que desafía el sentido “disciplinado” de la ciudada-

* Universidad Nacional de Rosario, Argentina. Investigadora - becaria del Programa Globalización, Cultura y Transformaciones Sociales, Convenio UCV – Fundación Rockefeller.
Correo electrónico: cbloj@hotmail.com

nía liberal y moderna.⁴ Reverso o desvío de la mediación política que sigue los cauces tradicionales.

Encontrarnos a casi dos años de esa fecha emblemática nos sitúa a una distancia privilegiada para volver la mirada hacia lo transitado, a la vez que seguir de cerca una experiencia en curso, atendiendo a lo local pero sin perder de vista las condiciones mundiales. Porque en este proceso reconocemos huellas de tendencias regionales y globales; tendencias que algunos autores consignan como “tiempos de globalización” (Mato, 1994, 2001)⁵ y en los cuales otros advierten la configuración de un “campo de la protesta”, horizonte desde el cual pensar la “política beligerante popular” en Argentina (Auyero, 2002).⁶ Atender a esta dimensión permite entrever cómo se viene diseminando la pregunta acerca de la ciudadanía y sus alcances y cómo se han recreado y difundido por diferentes lugares del planeta, ciertas fisonomías de las crisis y las demandas sociales —tal es el caso de los cacerolazos;⁷ sea por la vía de los intercambios directos, las imágenes televisivas o Internet.⁸

La textura densa del programa neoliberal

Los múltiples cambios asociados al esplendor del paradigma neoliberal de las últimas décadas han resignificado prácticas e imaginarios respecto de los nexos entre

-
1. Este texto recoge y recorta, avances de la investigación de tesis doctoral aún en curso “Ciudadanía e identidades: política, derechos y subjetividades en la Argentina contemporánea”.
 2. En esos días la población se manifestó bajo una forma de protesta inédita para la escena nacional, el cacerolazo; puntualmente como respuesta al estado de sitio que declarara el entonces presidente De La Rúa, aunque en la base está la profunda conflictividad social y la crisis político-institucional que se estaba viviendo en el país. La movilización se prolongó durante todo el día 20, y fue destinataria de altos niveles de represión policial que dejaron un saldo de numerosas víctimas.
 3. El soporte empírico de este trabajo son las observaciones y las entrevistas en profundidad —23 entrevistas— realizadas con assembleístas y no assembleístas en la ciudad de Rosario. He seguido más atentamente el proceso de la asamblea que en adelante mencionaré como Asamblea de la Plaza, por haber asentado ahí el trabajo de campo más intensivo. Cabe aclarar que la ciudad de Rosario se ubica al sur de la Provincia de Santa Fe a 300 km de la Capital Federal. Junto con su área de influencia, agrupa alrededor de un millón y medio de habitantes.
 4. No en vano estos episodios también son consignados con apelativos tales como “insurrección sin sujeto” (Colectivo Situaciones, 2002: 33), “beligerancia popular” (Auyero, 2002), “poder en la calle” (Cheresky, 2003), rebelión, estallido.
 5. Daniel Mato define el proceso de globalización como de orden complejo y que por lo mismo “trasciende las posibilidades de análisis de los estudios exclusivamente económicos y/o comunicacionales y exige incorporar dimensiones analíticas como las de los político, social y cultural” (Mato, 1994: 251).
 6. De acuerdo con este autor, el campo de la protesta es “[...] definido como un ensamble de mecanismos y procesos que se hallan en la raíz de la formulación de reclamos colectivos como *mediador* entre las fuerzas globales y las ‘explosiones’ locales” (Auyero, 2002: 15).
 7. Piquetes, pobladas, corte de rutas, cacerolazos, abrazos a fábricas, “murgas” de ahorristas, “escarches”, asambleas, son figuras asociadas al giro que fue tomando la movilización social.
 8. “Las imágenes de los cacerolazos en nuestro país motivaron expresiones semejantes en otros sitios. En Alemania y España se realizaron cacerolazos en solidaridad con Argentina, mientras que en Guatemala, Venezuela, Paraguay, Perú e Italia grupos de vecinos utilizaron idéntica modalidad para sus propios reclamos” (Cambio Cultural, 2003).

sociedad y Estado,⁹ de lo público-privado, de las ideas y ejercicio de la ciudadanía. Estos aspectos atañen más directamente a la reflexión sobre las subjetividades, las identidades y la política en la trama de las representaciones sociales.

Sin caer en determinismos, se puede intuir que el ciclo neoliberal ha contribuido de manera contundente al “pasaje” de un sujeto social construido desde políticas “universalistas”, soportado por la creencia en que es consubstancial a la democracia el acceso a derechos básicos, a un sujeto decepcionado frente a las restricciones y a la cada vez más lejana extensión de la ciudadanía para el conjunto. La manifestación insoslayable de la “baja intensidad de la ciudadanía” (O’Donnell, 1996) no sólo reconstruye la mirada hacia el Estado sino hacia quienes encarnan su investidura y, hasta cierto punto, hacia el sistema democrático como garante de inclusión: crisis de legitimidad y fractura de los canales de representación son signos elocuentes de la desintegración de la “promesa” del bienestar.¹⁰

Durante buena parte de este período la “decepción” social se ha expresado más fragmentariamente. De un lado, como efecto de las modificaciones de los espacios tradicionales de identificación colectiva que contribuyen a la pérdida de estabilidad del sujeto en sus posiciones ganadas —la de trabajador activo, por ejemplo. De otro lado, y en estricta vinculación, frente a la pérdida de centralidad del Estado —eximiéndose de responsabilidades históricas— se han implementado políticas que apuntan al “fortalecimiento de la sociedad civil” y si bien han estimulado las redes asociativas, al mismo tiempo han provocado cierta disgregación de las iniciativas, sobre todo en lo que a reclamos de derechos respecta.¹¹ Fragmentación de intereses, de campos de actuación, de espacios identitarios son el reflejo de una remozada “subjetividad contemporánea”.

Es interesante remarcar que este proceso alcanza hegemonía no solo a través de la implementación de medidas concretas —aunque sean relevantes para el análisis— sino fundamentalmente en virtud de haberse logrado articular ciertos núcleos simbólicos que ya circulaban en el imaginario social. Destaco el peso específico que tiene el significante “estabilidad”, en este sentido. El fantasma de la dictadura, el temor a que el “desorden”, la “indisciplina”, la presencia en la calle, sembrarán el

-
9. En este trabajo el concepto de “imaginario” está muy relacionado con el planteado originalmente por Castoriadis (1983), en el sentido de una mediación dinámica con la “realidad” que permite significar las ideas y las acciones en el contexto de unas representaciones predominantes (Bloj, 2001).
 10. Descrédito respecto de la posibilidad de restituir un orden (Cheresky, 2002); descentramiento de la política de la vida pública (Lechner, 2001).
 11. Evelina Dagnino señala para el caso de Brasil, que el proyecto neoliberal encuentra ya un territorio sembrado en cuanto a la construcción del discurso de “sociedad civil”. Encuentra así lo que califica como una “confluencia perversa” entre el proyecto neoliberal y el participativo democratizante (2003).

campo para el retorno al autoritarismo; diversos autores señalan esta cuestión.¹² Asimismo, el imaginario de la Argentina en el “primer mundo”, asociada con los países exitosos y con acceso a un consumo semejante a ellos; un país que para crecer “debe” pagar el costo de la exclusión.

Estas representaciones en cierto modo parecen haberse naturalizado y la imagen extendida en los noventa —sin oscurecer la presencia de sectores en conflicto y de numerosos intentos de asociatividad— es la de un silencio prolongado, un repliegue individual y una sensación general de que no hay margen para desviar el curso de los acontecimientos. Si lo esperable en el marco de la democracia es que los nexos entre los ciudadanos y el campo político se expresen como relaciones de antagonismo, el giro que asume la movilización social hacia fines del 2001 parece prefigurar nuevas relaciones pero entre “enemigos” (Mouffe, 1999); el dislocamiento de las prácticas políticas vigentes, objeto de impugnación masiva, y consecuentemente de los sentidos y significantes claves para la definición de una política democrática —representación, ciudadanía, delegación, participación— advierte acerca de una suerte de “asintonía estructural entre la política y otras esferas de la vida social” (Lechner, 1996: 113).

Es por ello que el “no estar en la calle” de los noventa contrasta tan fuertemente con la retórica del malestar, pública y masiva de fines del 2001; con “el estar en la calle” que reivindican las protestas de última generación; con el intento de restitución del vecino/ciudadano que impulsan las asambleas, aquellos que se reencuentran desde esta posición subjetiva para re-legitimar y reclamar sus derechos.¹³

Un punto de sutura de la “rebelión”: configuraciones y disrupciones de sentido

El fenómeno urbano que conocemos como “asambleas” comienza a delinear-se en los días posteriores al 19 y 20 de diciembre. Genéricamente se trata de la convocatoria espontánea de la población en esquinas, plazas, monumentos, locales, reunidos para debatir, impugnar, deliberar, emprender acciones y reclamos. Esta modalidad de encuentro, con alta participación de los sectores medios, se expande veloz-

-
12. “Más que en la época anterior, la estabilidad representa un prerrequisito de la acción política y, en definitiva, condición básica de racionalidad [...]. Al fin y al cabo, se requiere de ciertos criterios por sobre toda sospecha para manejar la vida cotidiana” (Lechner, 1996:110). “En los 90’, en un contexto mundial ya disutópico, el Menemismo se constituyó en una nueva forma de organización de la violencia depredadora del capitalismo, esta vez vía la incertidumbre e inestabilidad [...]. La estabilidad se impuso como metaexplicación basada en un mito: que el control del movimiento del dinero global y el capital nacional constituiría el punto de partida para el mejoramiento del presente con miras a planear el futuro” (Dinerstein, 2001:13). En términos de Ernesto Laclau, la “estabilidad” ocupó en los años noventa el lugar que ocupara la consigna por el retorno de Perón en el año setenta, y la democracia en los años ochenta (2002).
13. “Sería erróneo creer que el vecino aislado fue así desde siempre. Los últimos 25 años han producido al vecino aislado, al vecino sin calle [...]” (Pézzola, 2002: 136).

mente en diferentes ciudades del país y alcanza gran protagonismo a lo largo de todo el año 2002, especialmente en los primeros meses.

Como consecuencia del impacto que produjo la irrupción de esta alternativa de organización colectiva han proliferado las crónicas y narrativas que exaltan sus bondades aunque coexistan con visiones que las descalifican, más o menos solapadamente.¹⁴ En todo caso, un primer recaudo sería evitar cristalizar una lectura unívoca del fenómeno que, idealmente, condensaría el sentir del conjunto; la propia práctica asamblearia exhibe visiones en pugna y orienta a pensar que no hay sino “asambleas”, con diferentes discursos, características y rumbos.

Hilvanando algunos fragmentos de la propia experiencia de campo, entiendo a las asambleas como dispositivos de encuentro de subjetividades en construcción alrededor de la idea de un ejercicio activo de la ciudadanía; novedoso en tanto intento de suturar (no cerrar) las movilizaciones previas y canalizarlas en un nuevo tipo de organización colectiva, a partir de la “apropiación” de ciertos núcleos de identificación que circulaban más dispersamente en la escena social: impugnación al Estado y al campo político, restitución de los lazos entre vecinos, democracia directa y rechazo a la “mediación” (sea enunciada como representación, verticalidad, delegación o mandato).

Un rasgo que las particulariza es la heterogeneidad de su composición, se trate de sectores,¹⁵ trayectorias políticas, ramas de actividad, perfiles etéreos.¹⁶ Sin embargo, esta sobrevalorada diversidad está mayormente restringida a “tribus” dentro de la llamadas clases medias; segmento históricamente sindicado como basculante frente a las lealtades y a la participación pública (epítetos tales como “acomodaticia”, “evasiva”, dan cuenta de estas inscripciones) y puesto en entredicho en términos de su capacidad de movilización. El hecho de que este proyecto este generado y produzca mayormente “*encuentros de clase media*” si bien es evidente, entraña algunas dificultades para ser apropiada cómodamente en el contexto asambleario: “*Acuerdo con R. que tenemos la impronta de clase. Hay otros que no somos nosotros que no llegan a la asamblea*” (Primer Encuentro de Asambleístas, 13 de julio 2002). La ironía que contiene el relato de una entrevistada, a propósito de un corte de calle que realiza su asamblea, tributa en esta dirección: “*claro, piqueteros clase media*” (entrevista N° 12). La “sospecha” en torno a la posibilidad de reconstrucción de una práctica barrial entre

14. “[...] no es la idealizada asamblea griega, ni la aburrida asamblea universitaria, ni la evitada asamblea consorcista [...]. En otros términos, la asamblea vecinal generó sus obstáculos, sus límites y sus producciones específicas [...]” (Lewkowicz, 2002: 143). “En este marco histórico las asambleas intentan ser —y en gran medida lo consiguen, sobre todo al comienzo— la continuidad de un proceso de “democratización de la democracia”, valga la expresión [...]. Han servido para que los ciudadanos recuperen su carácter de tales y puedan discutir todos los problemas que hacen a su existencia, tanto los grandes como los pequeños” (Bonasso, 2002: 15). “Las asambleas barriales significan un acto fundante [...]” son la respuesta más creativa y poderosa forjada por el pueblo argentino luego de dos décadas de resistencia atomizada” (Vera, 2002: 110). “Las asambleas y los piquetes autoorganizados son laboratorios de contrapoder [...] Agoras populares de discusión abierta, de intercambio de experiencias, de investigación y de acción directa” (Cafassi, 2002: 103).

15. La referencia o pertenencia a un determinado sector social aunque no es rígida depende, en gran medida, del enclave que tenga la asamblea en el diagrama urbano.

16. Las asambleas han despertado gran adhesión incluso entre quienes no participan directamente pero que comparten las consignas básicas y la crítica social.

vecinos de este sector circula constantemente en las significaciones de estos asambleístas,¹⁷ porque a las clases medias no sólo se las asocia con niveles de ingreso o ramas de actividad, sino que se les supone un “estilo de vida” y unos comportamientos más o menos predeterminados. Sin embargo, y como bien observa Blas de Santos:

La clase media a la que se juzga siempre por su hipocresía, su carácter acomodaticio, a partir de lo que se produce en este momento que es más cooperativo, más solidario, quizá tenga la posibilidad de reconstruir momentos de su subjetividad anterior. Si no el presente no sería nada más que la escenificación y la aparición de lo que alguna vez fue como sustancia (2002).

Hay que decir también, que las asambleas hicieron posible al menos en los primeros tiempos la convergencia con “otros” tales como los “piqueteros” que, en una coyuntura diferente, hubieran sido percibidos como “completamente otros”; hasta como una amenaza. Quizás por esa misma carga clasemedista “en falta” existe una búsqueda recurrente de identificación con los trabajadores, los piqueteros, la pobreza:

Ya no somos clase media sino pobres que en otros momentos tuvimos educación, trabajo, atención médica, vacaciones [...] (entrevista N° 1, 13 de enero de 2002). *“No se puede hoy hacer diferencias de clases porque estamos todos jodidos, la clase media, los pobres, los que trabajan o no trabajan; estamos todos en la misma lucha en las asambleas”* (entrevista N° 3, 20 de enero 2002); *“La construcción de una nueva Argentina no va a venir solo de aquí y me preocupa quedar aislados de las organizaciones sociales que sí pueden construir alternativas”* (reunión asamblea de la Plaza, 19 de septiembre de 2002).

Tenga anclaje en realidades objetivas o lo analicemos en un registro de orden más simbólico, se evidencia un intento de reforzar la cercanía con actores que en la experiencia histórica han sido protagonistas emblemáticos de las luchas sociales.

Otro tópico significativo del ideario asambleísta es la apelación a la construcción de una ética apoyada en el “*respeto al diferente*”, en “*escucharnos como iguales*”, aunque a veces se enuncien como ideales ausentes:¹⁸

Tenemos que seguir viendo cómo se mantienen los nexos y mantener nuestra independencia como asamblea y respetar al diferente”(registro Primer Encuentro de Asambleístas, 13 de julio de 2002); *A mí lo que me gusta de la asamblea es que todo el mundo se escucha y se puede decir lo que uno piensa* (entrevista N° 8, 15 de agosto de 2002)

En este contexto está presente, también, el valor de la “*autonomía individual*”:¹⁹

Participar a título personal, eso a mí me gustó mucho. Yo venía de la militancia política y ya estaba muy cansada de la obediencia partidaria, de hacer cosas con las que a veces no estaba de acuerdo (entrevista N° 15, 12 de marzo del 2003).

17. “Barrio” en Argentina, es el equivalente al concepto de “urbanización” en Venezuela, por ejemplo.

18. *“Me preocupa la falta de respeto que tenemos porque uno diga lo que piensa”* (reunión asamblea de la Plaza, 3 de octubre de 2002).

19. *“Yo no quiero que nadie tome las decisiones por mí [...] ningún partido político, por eso me gustó la asamblea y decidí estar [...]”* (reunión asamblea de la Plaza, 3 de octubre de 2002). *“Los espacios de asambleas son los únicos donde no se corta la libertad”* (reunión asamblea de la Plaza, 3 de octubre de 2002).

Las connotaciones que asumen las ideas de autonomía individual obviamente no son homologables a las de “individualismo”, puesto que no se trataría de consumidores que compiten por su propio bienestar sino de ciudadanos que bregan por el bien común. Sin embargo, el rasgo individualista suele evocarse como remanente de un “ser argentino” vergonzante: *Tengo mucho miedo que las asambleas se conviertan en individualistas, como somos los argentinos* (reunión asamblea de la Plaza, 18 de julio de 2002). Al respecto, es interesante este diálogo:

A: Los argentinos no tenemos capacidad de ceder por el bien común.

F: ¿Qué es un argentino? ¿Qué tenemos qué ver yo, Macri, Menen?

R: Pero, eh, ¿debe haber un patrón mínimo!. Sino ¿por qué Menen nos embaucó a todos? Hay pautas culturales, la tierra, no sé.

F: Para mí la cultura se ve en las prácticas. Yo tengo cosas en común con la gente con la que trabajo [hace alusión a su grupo de pertenencia] y me parece lamentable que se piense así, como que por ser argentinos tenemos algo en común.

H: ¿La bandera para vos no significa nada? Para vos, ¿los símbolos qué son? Porque para mí sí significan mucho.

A: ¿Qué compartís vos con nosotros? Porque vos nunca vas a aceptar algo que nosotros decidimos (reunión asamblea de la Plaza, 25 de agosto de 2002).

La “argentinidad”, con los contenidos que se le adscriben, aparece como un obstáculo para el diálogo, para ser escuchado; pero se trata de una argentinidad concedida en términos esencialistas y en algunos discursos, tamizada de “romanticismo”.

La fundación

En la ciudad de Rosario el movimiento asambleario se inicia, como en el resto del país, inmediatamente después de los cacerolazos del 19 y 20 de diciembre teniendo como epicentro al “Monumento a la Bandera”, un espacio “patrio”, ritual. Aquí queda radicada la “gran” asamblea primigénea a la par que se fueron formando otras en plazas, esquinas, espacios públicos.²⁰ La asamblea de la Plaza porta esta marca de origen:

Bueno ahí empezamos, estando en la del Monumento y ahí es donde F. se empieza a dar cuenta [...]. Entonces F. lo que propone en la asamblea, y como para que esto se fuera extendiendo, fue ¿por qué no ver la posibilidad de intentar armar asambleas en los barrios donde vivíamos nosotros. También, con esta visión de acercarnos a nuestros vecinos (entrevista N° 15, 12 de marzo de 2003).

Decíamos al comienzo que el nacimiento de las asambleas *per se* resulta relevante en cuanto a las formas de poner en tela de juicio a la representación política. Pero para acreditar su potencia convocante no sólo se recuperan las experiencias

20. En Rosario funcionan hasta la actualidad, alrededor de treinta asambleas. De acuerdo con la versión de diferentes informantes este número no ha variado sustancialmente aunque sí se observan cambios en la composición y afluencia de participantes.

asociativas previas y el estado de movilización general, sino que también parece necesario que la práctica se articule alrededor de un imaginario de “unidad”; un núcleo fundante de este imaginario es la propia gesta del 19 y 20:

Yo no lo podía creer. Nunca antes había visto a todos los argentinos así reunidos y había todo tipo de gente, sin diferencias, con cacerolas, o con nada pero ahí (entrevista N° 3, 20 de enero de 2001). *Cuando pienso en que fuimos capaces de hacer que se fuera un presidente, no sé, pienso que eso sólo lo conseguimos con unidad. Porque lo que hubo en los cacerolazos fue unidad de la gente* (entrevista N° 5, 13 de enero 2002).

Asimismo, estos episodios van encadenando en la memoria colectiva otros metarelatos de mayor profundidad histórica y que fortalecen la eficacia del protagonismo popular; la Revolución de Mayo de 1810 es un buen ejemplo citado recurrentemente:

Sin embargo hay otra historia y no está lejos; apenas a unas cuadras de nuestros domicilios, o allí mismo. Pasamos delante de ella miles de veces cada día, y aunque no la veamos, florece. Así como en mayo de 1810 era el pueblo el que quería saber de qué se trataba, hoy es la dirigencia la que debería enterarse de qué es lo que pasa al pueblo (Bielsa, 2002).

Yo, cuando vi toda esa gente que iba para el centro me sentí como en la revolución de mayo, te juro [...]. No digo que sea lo mismo pero logramos cosas [...] fue también una revolución de la gente (entrevista N° 5, 7 de febrero 2002).

Veamos algunos puntos en que la palabra vecino pierde su evidente banalidad. Tenemos las jornadas de 1810. El Cabildo de Buenos Aires no era una institución de alcance virreinal. Nucleaba sólo a los vecinos de Buenos Aires. Creo recordar que los vecinos eran la parte mejor y más sana de la población. Los vecinos de Buenos Aires interrumpen los automatismos de una endeble maquinaria institucional [...]. (Lewkowicz, 2002: 133-134)

El poder representarse grupalmente la “unidad” es condición de posibilidad de la fundación y expansión de las asambleas y mientras funcionó como horizonte de significación, las palabras y consignas esgrimidas en el diálogo asambleario no resultaron un obstáculo para la identificación colectiva —como lo empiezan a ser luego—. El momento de la fundación se desentiende de la diferencia interna para fortalecer los límites hacia fuera (frente al poder desacreditado, disgregado e insolvente); es el momento “identitario” en el cual la negación al “otro” se vuelve constitutiva.

En términos de Laclau, nociones como “unidad”, “nosotros”, alrededor de las cuales se construyen significados que aglutinan demandas particulares son medulares para lo que entiende como “significantes vacíos”.²¹ En una entrevista realizada a este autor, y focalizada en la situación actual del país, advierte:

21. “Un significante vacío es, en el sentido estricto del término, un significante sin significado [...]. ¿Qué es lo que determina en tal caso, que sea un significante y no otro el que asume, en diferentes circunstancias, esa función significativa? En este punto debemos pasar al tema principal de este ensayo: la relación entre significantes vacíos y hegemonía”. (Laclau, 1996: 69). La relación hegemónica es justamente ese movimiento por el cual un contenido particular para a ser el “significante de la plenitud comunitaria ausente” (1996:82).

Hoy la dificultad es cómo construir un sujeto colectivo. Cómo hacer que muchas demandas se conjuguen con una identidad común. Para eso es necesario restaurar la viabilidad social. Cuando se llega a este punto de disolución general, eso sólo puede ser reconstruido a partir de una especie de fe; una fe de un nuevo tipo (Clarín, 17 de julio de 2002).

Las asambleas parecen haber llenado, al menos provisoriamente, ese vacío de fe inaugurando la promesa de que es posible revertir tendencias del “viejo” imaginario —desmembramiento de los lazos sociales, “individualismo” de mercado, abuso del poder— y que conjuntamente con otros estamentos de la sociedad se puede hacer retroceder al estilo político vigente. Cheresky lo expresa de este modo:

No obstante la sociedad movilizada puede ser depositaria de una esperanza. Una evolución posible sería como parece esbozarse en algunas asambleas barriales, la renovación de la vida asociativa y el involucramiento en el debate político que llevara forzosamente a que ese nuevo espacio sea tal es decir coexistan en él representaciones políticas en pugna (Cheresky, 2002).

De la “nueva fe” también hace parte la recuperación de la palabra, la retórica pública del malestar:

Lo más importante para mí en lo personal es que después de un silencio de 30 años empezamos a encontrarnos los vecinos. No olvidemos como surgimos nosotros, después de años de silencio, no reglamentemos más la forma de participación y combatir el hecho de que no podamos opinar de política (Primer Encuentro de Asambleístas, 13 de julio 2002).

Como ya hemos mencionado, el silencio y el repliegue individual guardan relación directa con el cotidiano que se arrastra desde la dictadura militar de 1976 y que persiste en democracia, con otros matices, durante toda la década del noventa. Otra cuestión fundamental ligada al origen, pero que atraviesa toda la experiencia, está relacionada con la reactivación del barrio y la resignificación del estatus de “vecino”:

¿Te acordás lo que discutíamos nosotros? Y bueno, lo que yo encontré en esta Asamblea, que sé yo, yo empecé a conocer y a reconocer mis vecinos aunque ahí no pensamos en todo igual (entrevista N° 15, 12 de marzo de 2003).

En la vida cotidiana el barrio se identifica con la morfología urbana, con la forma de la ciudad, y sus habitantes asientan allí un rasgo de identidad. Pero con las asambleas, en particular, el habitante del barrio asume perfiles que desbordan esa pertenencia territorial; el “vecino” se vuelve un sujeto construido desde su voluntad asociativa y emprendedora, desde sus preocupaciones comunes, desde su capacidad de reclamar y debatir —pertenezca o no al barrio en el cual se encuentra reunido en asamblea:

[...] le pregunto, ¿eso está concentrado en la gente que vive por esa zona?

—No— me dijo—*No hay problema, te imaginás que lo que menos van a hacer es espacios cerrados; es para todos los que quieran ir [...] se me empieza a explicar que la convocatoria es abierta, que no está sectorizado por donde vivís (entrevista N° 15, 12 de marzo de 2002).*

—No arranqué de movida porque en mi barrio no lo había, no sé, no se formó, pero me sumé rápidamente a alguna que ya estaba funcionando. Pedí permiso [risas] y me adoptaron, digamos, sin ningún tipo de inconvenientes (entrevista N° 10, 28 de febrero de 2003).

La subjetividad del vecino se construye alrededor de un imaginario de sujeto que no excluye, que habla en la calle, que se reúne con otros, que se involucra, que ejerce la ciudadanía y es artífice de su propia historia.

¡Que se vayan todos...!

Esta consigna ha sido estructurante del movimiento de asambleas: “*Partimos de la idea de QSVT [Que se vayan todos], ese es el corazón del movimiento asambleario*” (entrevista N° 3, 20 de enero 2002); justamente por esta razón viene siendo objeto de una multiplicidad de empeños interpretativos entre los cuales distinguimos en la literatura algunos de los acentos:

Como cuestionamiento a la representación pero no al sistema democrático en sí mismo:

Esa es la expresión de una profunda crisis de representación. No hay ninguna alternativa al “que se vayan todos”. Sin embargo, esta movilización no es contra las instituciones democráticas. Va en el sentido de un reclamo de renovación de la representación política (Cheresky, 2003).

Como aspiración de un renacimiento:

Yo no tengo respuesta. Sólo asociaciones libres. Cuando se dice ‘que se vayan todos’ creo que, independientemente de que la gente lo sepa o no —y la sociedad no es irracional y sabe que, al ser compleja con millones y millones de habitantes con las necesidades más diversas, tiene que haber alguna forma de representación— lo que en realidad está discutiendo no es con quiénes reemplazar a los que están sino cuál es la lógica de producción de esos representantes [...]. Pero el hecho de que se discuta el proceso de producción mismo de los representantes, aunque no se sepa con qué se va a sustituir —si a través de asambleas barriales, de los movimientos piqueteros o de la interbarrial de Parque Centenario— implica la idea de que se llegó a un límite de la lógica del sistema político dominante y hay que pensar otra que todavía nadie sabe cuál es (Grüner, 2002).

Como expresión de radicalidad:

El “que se vayan todos” es muy interesante porque no deja alternativa. La multitud piensa sobre la base del abismo [...] (González, 2002).

Como impronta global:

En la frase “que se vayan todos” podés encontrar una muestra encapsulada de la misma expresión que se ve en todo el mundo. Es una muestra de la disolución de la política tradicional y eso se refleja en la poca gente que va a votar, incluso en los países industrializados. A eso hay que sumarle una corrupción globalizada en la que en definitiva no importa a quién se vote porque siempre se termina con el mismo gobierno” (Klein, 2002).

Como riesgo:

[...] decir que se vayan todos supone que quedará uno, porque alguien tiene que reglamentar la sociedad. Contra el mito de la sociedad totalmente gobernada (en referencia a Estado Absoluto de Hobbes - Leviatán) el que se vayan todos es el mito de una sociedad ingobernable que necesita de un amo que reestablezca el orden (Laclau, 2002).

No sería atinado, y como sugieren las perspectivas expuestas, descalificar la consigna por la vía de una lectura literal; en todo caso, la literalidad remite a una manifestación primaria y legítima de hartazgo pero que por totalizante se sabe imposible. En este sentido, acordamos con que para pensar sus efectos subjetivos no es necesario juzgarla o interpretarla; es necesario ver en qué direcciones trabaja [...] (Lewkowicz; 2002: 165-166).

Y ciertamente, opera en diferentes direcciones de acuerdo con el lugar de la enunciación:

Acá en la asamblea se discutió mucho esto de que se vayan todos porque no todos lo entendíamos igual. Para mí es rechazar todo lo que no nos gusta de la política actual pero para otros era otra cosa, era tomar un poder desde nosotros (entrevista N° 15, 12 de marzo de 2003).

“Que se vayan todos, que no quede ni uno solo”, puede significar la impugnación a los nombres de la política, el descrédito total del sistema político, la auto-exclusión a participar de las reglas dominantes, o una queja compartida. Se podría objetar este enunciado por impracticable o por los peligros que entraña para el acontecer democrático, pero ciertamente como expresión de un “ideal” se constituyó, en los primeros momentos, en un núcleo de identificación alrededor del cual no sólo quedaron involucrados los actores de las protestas sino, también, una gran parte de la población en general.

La multiplicidad del “uno” o el sinuoso camino de construir en colectivo

En el devenir de la práctica asamblearia la potencia inclusiva del imaginario de “unidad sin diferencias” se debilita y va cediendo paso a una representación más compleja: la “unidad en la diversidad”. Aparecen los “otros” dentro de la propia escena en tanto se visibilizan y explicitan diferentes proyectos:

Desde los que estuvimos en el principio todos teníamos el mismo sentimiento como seres humanos, como ciudadanos, como políticos. Después aparecen las diferencias (reunión asamblea de la Plaza, 30 de agosto de 2002). Hay que lidiar, en adelante, con las dificultades que acarrea construir en un marco heterogéneo y de disputas; la virtud —la heterogeneidad— se convierte en escollo.

Vemos que en el contexto asambleario se discuten cuestiones de diferente orden y escala pero las confrontaciones más apasionadas girarán en torno a las formas

de concebir “lo político”, “la política”;²² de allí se desprenden los debates sobre el poder, la organización, la relación con el Estado, la reforma institucional. En esta etapa el campo semántico comienza a expandirse; las palabras empiezan a significarse y se vuelven en ciertas ocasiones, inhibitorias del discurso y ya no es posible hablar tan libremente porque hay un repertorio de sentidos dilemáticos. Esos repertorios dan forma o transparentan diferentes configuraciones políticas que en adelante disputarán el rumbo del proceso. Sin pretenderlas monolíticas a su interior y puesto que las encontramos entrelazadas en las prácticas y discursos, distingo al menos tres tipos de “integrantes” con peso específico dentro de universo asambleario:

El vecino “genérico”: movido por los cacerolazos; aquel que nunca antes había tenido una militancia política o en organizaciones sociales; aquel reivindicado como arquetipo del “asambleísta puro” pero, paradójicamente, el menos presente numéricamente:

C: ¿Porqué te uniste a la asamblea?

X: *Yo no tengo una actividad política ni social, nunca me gustaron los partidos, bueh, eso son todos iguales, pero estaba harta de todo lo que pasaba y, quería encontrar un lugar para quejarme [...], sentirme que hacía algo, no sé, compartir las preocupaciones que teníamos por lo que había pasado.*

C: Pero tengo entendido que dejaste de asistir a tu asamblea.

X: *Sí, deje de ir.*

C: ¿Por qué dejaste de ir?

X: *Bueno, no sé, primero porque no tenía mucho tiempo y después porque, no se, se fue politizando. Yo no entendía mucho porque yo venía con la idea de hacer cosas por el barrio, empezar por ahí pero después que si somos o no un poder, si vamos a enfren-
tar a los políticos [...] (entrevista N° 8 – 15 de agosto 2002).*

El vecino “politizado”: dentro de esta categoría es posible reconocer tanto a sujetos con una trayectoria político-social decepcionados de la militancia partidista, y jóvenes que provienen de diferentes recorridos alternativos urbanos; la presencia de este último sector ha sido muy representativa en la asamblea de la Plaza, así como en muchas otras de la ciudad:

A mí me parece que la gente de mi generación o cercana a mi generación es gente, digamos, de lo que yo veo en las asambleas, que en algún momento participó y que tiene algo así como la vacuna adentro de haber participado y tiene como una, este, anticuerpo en relación a la militancia política, y a esa religiosidad, y a los dogmas, y a lo que bajan desde arriba, ¿no? (entrevista N° 10, 28 de febrero de 2003).

22. Como referencia conceptual para pensar esta dimensión central de la experiencia tomo la distinción que establece Mouffe entre “lo político” como la dimensión pasional, de antagonismo, de conflicto inherente a todas las relaciones sociales y “la política”, que apuntaría a establecer un orden, a organizar la coexistencia humana pero en condiciones que son siempre conflictivas pues están atravesadas por “lo político” (1999: 13-14).

Defendemos la asamblea como espacio público de debate porque hemos sufrido la represión ideológica durante mucho tiempo. Opinamos 'que se vayan todos'. No buscamos participar en la reforma política, ni en el presupuesto participativo municipal, no es una forma de transformación de los vínculos con la política. No trabajamos para contribuir a una reforma política, nadie está interesado en los anzuelitos que nos tiran los partidos. La asamblea es el lugar donde se pueden generar otras cosas (Primer Encuentro de Asambleaístas, 13 de julio de 2002).

En estos discursos se percibe el rechazo a la militancia partidista, a la preocupación por la toma del poder; en todo caso aparece como problema el “control” del poder:

B: ¿Qué queremos decir con el poder?

X: La alternativa es controlar el poder y no tomarlo, creo, porque lugares para disputar el poder hay muchos y ahí reproducimos lo mismo que cuestionamos.

E: Continuando con el poder, nosotros creemos que es el pueblo el poder [...]. Para controlar el poder no tiene que haber partidos [...]. (Primer Encuentro de Asambleaístas, 3 de julio de 2002).

O la construcción de un “*contrapoder*”, que evoca el ideario anarquista o del movimiento zapatistas:

Y esta es la novedad que encontramos en la asamblea, y esta es la novedad que encontramos en, supongamos, en lo que plantea el comandante Marcos. Esta idea de que los tipos van a pelear pero no para tomar el poder, ellos no quieren ser gobierno de México. Ellos van a pelear por ciertas cuestiones que les ocurren, digamos, y sus reivindicaciones ahí locales, punto [...] (entrevista N° 10, 28 de febrero de 2003); [...] cuando yo empiezo a conocer un poco el movimiento zapatista me empieza a gustar mucho ese tipo de resolución [...]. Ahí es donde yo entro a diferenciar y yo decía ¡claro, ese era mi problema con mi militancia!, [lo] mismo me pasaba en las asambleas cuando había gente que hablaba como ¡el representante!. Yo tiro más hacia el vocero [...]. También soy de esas que cree que se pueden tomar algunas cosas el zapatismo, desde el respeto, del que circule la palabra, pero no como un jueguito; que circule y después se pueda aplicar (entrevista N° 15, 12 de marzo de 2003).

A propósito de esta referencia, el politólogo John Holloway enfatiza, justamente, que la idea del cambio sin tomar el poder, el cambiar el significante “revolucionario” por el de “rebelde”, es el plano en el cual más ha impactado mundialmente el zapatismo (La Capital, 7 de octubre de 2002).

Por último, en las asambleas nos topamos con el vecino “**militante político**” y también aquel que sin tener una adscripción definida o explícita, comparte una lógica semejante y encuentra en las asambleas una alternativa de articulación de poder frente al Estado, o de re-vinculación:

[...] Hay que ver cómo nos metemos en los programas de salud de la municipalidad y tenemos que ver cómo trabajamos en los intersticios para conectar con el Estado [...] (Primer Encuentro de Asambleaístas, 13 de julio de 2002). Yo creo que más que decidir cuestiones puntuales tenemos que tener como asamblea posiciones de fondo, de lucha por el poder, porque así como vamos no pasa un carajo (reunión asamblea de la Plaza,

15 de agosto de 2002). *Insisto que está lo coyuntural pero también llegar a tomar el poder como yo lo planteaba hoy. Yo quiero un país distinto* (reunión asamblea de la Plaza, 1 de agosto 2002).

Este posicionamiento deja entrever una búsqueda más intencionada respecto de lo que “deben ser” las asambleas sostenidos en un supuesto “saber” que confronta con la lógica de quienes encuentran que lo novedoso y valorado de las asambleas reside justamente en “no saber”, en “ir construyendo”:

La primera vez que yo veía un acontecimiento que no se trataba de una reunión de militantes o de tipos que sabían, o que alguien les decía para dónde había que ir, sino de la gente ahí en la calle y viendo cómo se las rebuscaba con lo que hay para hacer. Eso me entusiasmó [...]. No se sabía para dónde se iba pero lo que sí se sabía es que se quería estar ahí, en la calle, y tratar de sostener eso ahí en la calle (entrevista N° 10, 28 de febrero de 2003).

El “saber hacia dónde dirigirse” atentaría contra la idea de construcción, de dinámica que se va generando en la propia práctica. Y si, de un lado, se insiste en la consolidación de un poder —incluso de crear una *partido de las asambleas* que hasta el presente no ha tenido avances significativos, del otro lado se profundiza la sospecha ¿la unidad está basada en un auténtico cuestionamiento a las reglas vigentes? La percepción de que se trata de la impugnación a nombres de la política, y no de una crítica radical, se proyecta con fuerza:

Creo que mucha gente decía, sí, yo estoy en crisis con lo político pero en realidad con lo que estaba en crisis era con los nombres de la política [...]. Algunos pensaban que se vayan todos y nos quedemos nosotros, que se vayan los nombres y que nos quedemos nosotros con el poder. De eso se trataba para algunos (entrevista N° 12, 6 de marzo de 2003).

La discusión y la dinámica del poder también se ponen en juego en la elección de mecanismos de agregación entre asambleas. Entre las iniciativas de crear una organización supra-asamblea se suele sindicarse a la “interbarrial” como la experiencia más conflictiva; la puesta en acto de una lógica partidista —la repetición a la cual hacíamos mención al inicio— que intentaría restituir la vieja política en el nuevo espacio: “*El aparato de los partidos, el caudillismo de los militantes [...]* por eso no funcionó la interbarrial. *Hubo manejo político, los partidos nos pisaban siempre en la interbarrial* (Primer Encuentro de Asambleístas, 13 de julio de 2002).

Al mismo tiempo, quienes defienden esta modalidad argumentan que:

No tiene sentido las asambleas de forma aislada si no sabemos que pasa en las otras, en el resto; nuestra asamblea cree que tiene que haber un nexo entre las asambleas de los barrios. (Primer Encuentro de Asambleístas, 13 de julio de 2002).

Una interbarrial tiene que coordinar todos estos ámbitos y proyectos importantes. (entrevista N° 9, 15 de diciembre de 2002).

Otra experiencia en esta línea, pero más exitosa, son los “Encuentros de Asambleístas” que reúnen un espectro más amplio del “campo popular” y que en cierta medida, surgen como respuesta al fracaso de la interbarrial. Las consignas

convocantes de cada encuentro orientan acerca de cómo han ido variando, en el tiempo, los dilemas asamblearios ²³.

¿La declinación? ¿La estabilización?

La disputa por sentidos y rumbos ha ido polarizando la escena al tiempo que cada asamblea se particulariza de acuerdo con el peso que cada configuración tiene en su interior y a la capacidad de construir hegemonía. En este panorama, la proximidad de las elecciones presidenciales —abril 2003— recrudece los términos del debate e “impone” un eje de discusión que profundiza las diferencias ya instaladas:

Estos debates del barrio son importantes pero tenemos una elección pronto. No tenemos que quedar disgregados ¿Qué va a pasar con las asambleas el día de mañana si ya llegamos a marzo? (reunión asamblea de la Plaza, 1 de octubre de 2002). *Tenemos que salir a enfrentar las elecciones [...] con las asambleas y con otros movimientos sociales* (entrevista N° 9- 15 de diciembre de 2002).

Sí, claro, ahora están las elecciones [...] yo creo que eso es un error; tomar posición acerca de [...]. Vos no podés estar diciendo que este ordenamiento es un ordenamiento espúreo, un ordenamiento vaciado de sentido y estar corriendo detrás de lo que te propone ese ordenamiento (entrevista N° 10, 28 de febrero de 2002) [...]. *Los movimientos sociales tienen un tiempo y es el que requieren y solo así se pueden consolidar en lo político* (reunión asamblea de la Plaza, 1 de octubre de 2002).

Si el interrogante que subyace es ¿Cómo hacer política desde las asambleas?. O bien: ¿Qué se dice cuando se invoca a la política? En estos fragmentos de entrevista encontramos algunas pistas. Se confrontan de un lado, la creencia en que se puede participar, “hacer política”, por fuera de la esfera del Estado y de los partidos, y en que es viable construir ciudadanía desde otros espacios de identificación con los vecinos a partir de aprendizajes graduales. De otro lado, la inclinación hacia un tipo de organización y práctica más sujeta a viejas reglas, cuyo pulso y avatares siguen los ritmos y circuitos de la macro-política.²⁴

23. El Primer Encuentro (13 de julio de 2002) no fue convocado bajo ningún título, sino que se planteó como un intercambio de experiencias (sin embargo se pudo entrever el interés de afrontar el tema del fracaso de las interbarriales y de darle alguna salida a la confrontación entre militantes políticos y “asambleístas puros”). El segundo, de diciembre de 2002, se convocó así: “Hacia la construcción de un modelo de representación y participación político-social alternativo al de la democracia liberal”. El tercero, de enero de 2003, “La unidad a partir de la diversidad”. El cuarto, abril de 2003, “Las próximas elecciones ... ¿y después qué?”

24. El 25 de abril se cumplió el acto electoral y el “*que se vayan todos*” parece haberse diluido, al menos en esa coyuntura, a juzgar por la afluencia de votantes (aunque encontramos interpretaciones diversas frente a este hecho). Un horizonte interpretativo al respecto lo encontramos en Cheresky cuando insiste en “la centralidad de la política tanto en la comprensión de la debacle como en las vías eventuales de la reconstrucción” (2002a: 128).

Es evidente entonces, que no se puede hablar del fenómeno de las asambleas sin advertir esta multiplicidad de proyectos y subjetividades políticas en construcción. El para qué, con quiénes y hacia dónde no tiene sustancia sino que se va tramando en el mismo movimiento de consolidación de estas lógicas en coexistencia y en conflicto.²⁵

El modo en que se comprende la política divide las aguas y actúa como soporte de las lecturas del proceso. En las significaciones de los “descontentos” con el rumbo “politizado” de las asambleas aparecen dos cuestiones básicas. La primera remite a la tendencia a la partidización, “*el tema de los que están en los partidos políticos con gente que no está, no se pudo resolver*” (reunión asamblea de la Plaza, 1 de octubre de 2002), ligada a que, “*lo que no se pudo sostener, no que haya fracasado sino que no se pudo sostener, es esa cuestión de la incertidumbre. Por eso, díganos, en muchos casos son ganadas, o están siendo ganadas, por alguna gente que cree saber hacia dónde tiene que ir todo esto*” (entrevista N° 10, 28 de febrero de 2002). La segunda, y como efecto de lo anterior, el vaciamiento de vecinos “genéricos”:

Una cantidad de gente que se supone que fue alguna vez y que no volvió. Nunca nadie se planteó por qué [...]. Y hay una desvalorización de todo tema que no sea el político, en realidad, pero el político explícito, en el sentido partidario y todo lo demás era desvalorizado [...]. A mí me parece que frente a este aparateado la vecina pirula también se va (entrevista N° 12, 6 de marzo de 2003).

Otro camino pensable, y que no excluye a la de la hegemonía de la lógica partidista, sería tomar por la vía de deconstruir la visión mítica que envuelve al “vecino” de las asambleas, suponiéndole un interés sostenido por participar, por ser solidario, por asociarse, por defender el bien común.

Reflexionar sobre el futuro de esta experiencia —independientemente de la suerte que corran algunas de ellas en particular— orienta a prestar atención a cómo serán capaces de lidiar con la polarización —sin solapar las diferencias— y de reincluir sobre la base de nuevos polos de identificación, alentados ya no sólo por la crisis transitada sino también por la idea de que: Lo político se encuentra allí donde la gente desarrolla una variedad de estrategias para enfrentar la racionalidad tradicional de exclusión y construye una diversidad de intersubjetividades portadoras de claras demandas de participación [...] (Lozada, 2001: 142). “*Apoderarse de la participación en la ciudad a partir de tender una red con los más cercanos a uno y que esta red pueda tener el peso de la participación en la ciudad*” (entrevista N°12, 6 de marzo de 2003) avanzando en la construcción *de nuevos tipos de relaciones entre ciudadanos* (Entrevista N° 15, 12 de marzo de 2003) Estas quizás sean las bases sobre las cuales consolidar y hacer perdurar estos espacios de deliberación y de empoderamiento de la condición ciudadana.

25. En medio de la desagregación que comienzan a sufrir las asambleas, hacia fines del año 2002 la Asamblea de la Plaza decide su auto-disolución; previo intentos infructuosos de refundación. Y si bien en este espacio en particular no fue posible “*re-enredar las redes*”, en términos de un entrevistado, resulta elocuente que muchos de sus integrantes no han tardado en sumarse a otras asambleas.

Referencias bibliográficas

- Auyero, Javier (2002) *La protesta. Retratos de la beligerancia popular en la Argentina democrática*. Buenos Aires: Libros del Rojas - Universidad de Buenos Aires.
- Bielsa, Rafael (2002) “Hay otra historia y no está lejos”. *Clarín*, Buenos Aires, 8 de Agosto de 2002 (Sección Opinión).
- Bløj, Cristina (2001) “De cuando la “ficción superaba la realidad: apuntes sobre la identidad nacional costarricense”. *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica*, XXXIX (97): 33-41; XXXIX (99): 79-93 (Universidad Central de Costa Rica, San José de Costa Rica).
- Bonasso, Miguel (2002) “¿Qué son las asambleas”. En Autores varios, *Qué son las Asambleas Populares*. Buenos Aires: Peña Lillo y Ediciones Continente, pp.14-15.
- Colectivo Situaciones (2002) “19 y 20 Una Insurrección de Nuevo Tipo”. En Colectivo Situaciones, *19 y 20 Apuntes para el nuevo protagonismo social*. Buenos Aires: Ediciones de Mano en Mano, pp. 31-64.
- Cafassi, Emilio (2002) *Olla a presión. Cacerolazos, piquetes y asambleas. Sobre fuego argentino*. Buenos Aires: Libros del Rojas - Universidad de Buenos Aires.
- Cambio Cultural (2003) “La historia del cacerolazo”. *Cambio Cultural*. Disponible en: <http://www.cambiocultural.com.ar/actualidad/cacerolazo25b.hlm>. Consulta: 2003, abril 7.
- Castoriadis, Cornelius (1983) *La institución imaginaria de la sociedad*. Barcelona: Tusquets Eds.
- Clarín (2002) “Conflictos en medio de la crisis”. Buenos Aires, 18 de junio de 2002. (Sección Política).
- Cheresky, Isidoro (2002a) “Autoridad política debilitada y presencia ciudadana de rumbo incierto”. *Nueva Sociedad*, 179: 112-129. (Nueva Sociedad, Caracas).
- Cheresky, Isidoro (2002b) “La Bancarrota”. *La Ciudad Futura*. Disponible en: http://www.politica.com.ar/Crisis_politica/cheresky_bancarrotta.htm. Consulta: 2002, abril 10.
- Cheresky, Isidoro (2003) Crisis de representación y nueva ciudadanía. Disponible en: <http://www.cambiocultural.com.ar/universidad/cheresky.htm>. Consulta: 2003, abril 25.
- Dagnino, Evelina (2003) “Sociedad civil, participación e ciudadanía: de que estamos hablando?”. Ponencia presentada en el Coloquio Internacional Políticas de Ciudadanía y Sociedad Civil en Tiempos de Globalización. Más Allá de los Debates sobre la Coyuntura en Venezuela, Caracas, 23 y 24 de mayo de 2003.
- De Santos, Blas (2002): “Sujetos y Cacerolazos”. Entrevista de María Moreno, Página: 12, Buenos Aires 18 de Febrero de 2002. Disponible: <http://pagina12.feedback.net.ar/diario/especiales/index.html>. Consulta: 2003, noviembre 15.
- Dinerstein, Ana (2001) “El poder de lo irrealizado. El corte de ruta en Argentina y el potencial subversivo de la mundialización”. *Revista del Observatorio Social de América Latina*, II (5): 11-16. (CLACSO, Buenos Aires).
- Geertz, Clifford (1996) *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa. Original: *The interpretation of Cultures*, 1973.
- Grüner, Eduardo (2002) “Si se cumpliera la constitución, el sistema se derrumba mañana”. Entrevista de María Moreno, Página/12, Buenos Aires, 25 de Febrero del 2002. Disponible en: <http://colegiales.tripod.com.ar/Gruner.html>. Consulta: 2002, abril 20.
- Holloway, John (2002) *La Capital*, Rosario, 7 de octubre de 2002.
- Klein, Naomi (2002) “Y ahora, ¿cómo van a llenar los espacios que se crearon? *Terra* 26 de marzo de 2002. Disponible en: <http://www.terra.com.ar/canales/entrevistas/40/40412.html>. Consulta: 2002, mayo 17.

- La Capital (2002) “La mayoría de los rosarinos opina que debe llamarse a elecciones ya”. *La Capital*, Rosario, 31 de marzo de 2002 (Sección Política).
- Laclau, Ernesto (1994) *The Making of Political Identities*. Londres – Nueva York: Verso.
- Laclau, Ernesto (1996) *Emancipación y Diferencia*. Buenos Aires: Ariel - Découverte - M.A.U.S.S.
- Laclau, Ernesto (2002) “Cuando se requiere una nueva Fe”. *Clarín*, Buenos Aires, 27 de julio de 2002 (Suplemento Cultura y Nación).
- Lechner, Norbert (1996) “La política ya no es lo que fue”. *Nueva Sociedad*, 144: 104-113. (Nueva Sociedad, Caracas).
- Lewkowicz, Ignacio (2002) “Asambleas: obstáculos, límites, producciones”. En Ignacio Lewkowicz (edit.), *Sucesos argentinos. Cacerolazo y subjetividad posestatal*. Buenos Aires: Paidós. (Producción Colectiva), pp. 143-145.
- Lewkowicz, Ignacio (2002) “Arquitectura y subjetividad urbana”. En Ignacio Lewkowicz, (edit.), *Sucesos argentinos. Cacerolazo y subjetividad posestatal*. Buenos Aires: Paidós. (Producción Colectiva), pp. 133-134.
- Lewkowicz, Ignacio (2002) “Declinación subjetiva de una consigna”. En: Ignacio Lewkowicz, (edit.), *Sucesos argentinos. Cacerolazo y subjetividad posestatal*. Buenos Aires: Paidós. (Producción Colectiva), pp. 165-166.
- Lozada, Mireya (2001): “Política en red y democracia virtual: la cuestión de lo público”. En Daniel Mato (comp.), *Estudios Latinoamericanos sobre cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización 2*. Caracas: CLACSO – UNESCO, pp. 133-146.
- Lozano, Claudio (2001): “Contexto económico y político en la protesta social de la Argentina contemporánea”. *Revista del Observatorio Social de América Latina*, II (5): 5-10. (CLACSO, Buenos Aires).
- Mato, Daniel (1994) “Procesos de construcción de identidades transnacionales en América Latina en tiempos de Globalización”. En Daniel Mato (coord.), *Teoría y política de la construcción de identidades y diferencias en América Latina y el Caribe*. Caracas: UNESCO - Editorial Nueva Sociedad, pp. 251-264.
- Mato, Daniel (2001) “Des-fetichizar la “globalización”: basta de reduccionismos, apologías y demonizaciones, mostrar la complejidad y las prácticas de los actores”. En Daniel Mato (comp.), *Estudios Latinoamericanos sobre cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización 2*. Caracas: CLACSO – UNESCO, pp. 147-178.
- Mouffe, Chantal (1999) *El retorno de lo político. Comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical*, Barcelona: Paidós. Original: *The return of the Political*, 1993. Traducción de Marco Aurelio Galmarini.
- O'Donnell, Guillermo (1996) “Ilusiones sobre la consolidación”. *Nueva Sociedad*, 144: 79-89 (Nueva Sociedad, Caracas).
- Pezzola, Andrés (2002) “Dos modos de ser vecino”. En Ignacio Lewkowicz (ed.) *Sucesos argentinos. Cacerolazo y subjetividad posestatal*. Buenos Aires: Paidós. (Producción Colectiva), pp. 135-137.
- Vera, Gustavo (2002) “Las Asambleas llegaron para quedarse”. En Autores varios, *Qué son las Asambleas Populares*. Buenos Aires: Peña Lillo y Ediciones Continente, pp. 109-116